

## **Literatura de mujeres. Una mirada desde el feminismo**

Quiero agradecer a Diana por pedirme que presente el libro *Literatura de mujeres. Una mirada desde el feminismo*, recopilación de ensayos críticos que ella fue escribiendo a lo largo de los años de su trabajo de investigación sobre la literatura de mujeres, selección que ahora ha sido publicada como libro por la Editorial del Centro de la Mujer Flora Tristán.

Quiero dividir mi presentación el día de hoy en dos partes; la primera, un testimonio de nuestra amistad y la segunda, un comentario sobre el libro. Como la primera parte es un testimonio, juego en él el papel de testigo de parte, aunque quizás a través de estos recuerdos fragmentados podamos entrever indirectamente las búsquedas, los ideales y las torturas de una generación. No sé si porque últimamente he estado muy concentrada en el trabajo y el estudio de la denominada dicción biográfica, necesito buscar pistas para comprender y mostrar cómo se fueron forjando las ideas que hoy aparecen en forma de libro.

¿Cuándo y cómo conocí a Diana? Fue en San Marcos, a mediados de la década del 80 cuando, luego de 12 años de haber abandonado los estudios, decidí volver a las aulas, ella y yo coincidíamos en el Patio de Letras, pero creo que no en cursos comunes. Hablo del año 86, vale decir hace nada menos que la friolera de 26 años. Nos acercó nuestro común interés por la literatura y la política y luego descubrimos que compartíamos, además, una persona querida en común, mi cuñada era su compañera de colegio, por lo que ella había oído hablar de mí mucho antes de conocerme. Nuestra amistad se ha ido fortaleciendo y enriqueciendo a lo largo de los años, hemos compartido reuniones sanmarquinas, innumerables, cafés, vinos, conversaciones y confidencias, hemos sufrido ambas pérdidas familiares y ella ha estado siempre conmigo en los momentos más críticos. Pero la huella quizás más profunda que Diana ha dejado en mí es abrirme la dimensión de las reivindicaciones y las luchas de la mujer. Mi aproximación al socialismo había sido siempre desde la perspectiva de un análisis de clase, pero creo que no había comprendido bien la riqueza de los particulares dentro de la lucha estratégica general. Entender la problemática de género me hizo ver las complejas relaciones e imbricaciones entre los problemas de clase, género, etnia, opción sexual, etc., lo complejo de las distintas articulaciones y temporalidades históricas que se establecían entre dichos sectores sociales y las categorías analíticas con las que se representaban. Fue ella la primera en interesarme en la literatura escrita por mujeres, la que me recomendó, y me sigue recomendando autoras, sobre todo latinoamericanas, la que me llevó al círculo vicioso de lectura, en el que compartíamos con varias amigas la lectura de obras escritas por mujeres, y fue ella la que, finalmente, me alentó a asumir el curso que Esther Castañeda inició en San Marcos, Literatura Escrita por Mujeres, curso del que Esther fue pionera y dejó por motivos de salud que yo dicto ahora y me ha dado muchas satisfacciones.

Es que para Diana el feminismo no es simplemente una postura ideológica, es también una forma de vida. La lucha dentro del campo de la literatura ha estado para ella siempre interconectada con el de la lucha por los derechos económicos, políticos, humanos y sociales de la mujer. Pero mis memorias están vinculadas al mundo literario. Recuerdo que siempre peleaba con los profesores en la universidad porque incluyan a mujeres en sus sílabos, porque incluyan los estudios críticos hechos desde el feminismo y se negaba a entregar trabajos si no se ampliaba el espectro y se incorporaba la obra de las escritoras de los periodos estudiados. Era su manera de luchar contra el canon en la universidad y en el país.

Y es esta perspectiva la que constituye el eje estructurador de las cinco secciones en las que está dividido su libro: Precursoras del feminismo; teoría feminista, discurso femenino; las mujeres en las crónicas; poesía de mujeres y, por último, mujeres, vidas sin tregua. Desde el título del libro, Diana anuncia claramente el lugar de su enunciación discursiva, la crítica no es ni debe ser neutral sino partisana, ella busca analizar los métodos, principios y la política que operan dentro del marco de la producción de obras escritas por mujeres, sean estas obras de creación o de crítica. Cabe destacar que el libro que comentamos no es un tratado teórico, sino un conjunto de ensayos escritos en periodos distintos y para eventos específicos, lo que, sin embargo, no le resta articulación orgánica al conjunto. En las cinco secciones hay siempre un objetivo político, combatir las posiciones patriarcales de aquellos que invisibilizan o ningunean las obras escritas por mujeres, combatir el canon actualmente existente y establecer un canon alternativo que establezca la continuidad y especificidad de la escritura de mujeres.

Inicia, por eso, recuperando la labor precursora de tres grandes escritoras, cuyas obras desafiaron a su época y sentaron las bases para el trabajo de las generaciones siguientes: Sor Juana Inés de la Cruz, Flora Tristán y Simone de Beauvoir. Desde las estrategias del débil en el discurso barroco de Sor Juana al empoderamiento de Flora Tristán, producto de su lectura de *Vindicación de los derechos de la mujer* obra de Mary Wollstonecraft (1792) y de la transformación de su experiencia de los viajes al Perú, a Londres y el Tour de Francia en formas de autoconciencia y organización social, para concluir con el Segundo sexo, el gran estudio teórico sobre la mujer y la condición femenina como sujeto social y como categoría histórica y filosófica. A través de la reflexión sobre estas tres grandes figuras vemos el proceso subyacente de evolución de la lucha por la mujer en el plano literario, político, filosófico y social.

La literatura es concebida por Diana como un acto de comunicación social en el que las prácticas discursivas tanto de producción y emisión del discurso como de recepción y decodificación del mismo están inscritas en determinadas coordenadas históricas y sociales y son realizadas por sujetos y sujetas. Se trata de una actividad intersubjetiva, a través de la mediación del signo, del texto, del objeto discursivo.

Estos sujetos y sujetas, así como los objetos, voces y sujetos del universo representado y creado por las escritoras son resultados de una cultura y como tales también productos históricos y

culturales. Están signados por la nacionalidad, la etnia, el género y la clase social a la que pertenecen y obviamente tienen ideología y son construcciones ideológicas.

¿No son acaso sujetos y sujetas, signados por una época y cultura los creadores de “mundos posibles” así como los miembros de la comunidad hermenéutica que delimitan lo que debe ser calificado como literario? ¿No ha sido desde los horizontes de una cultura patriarcal y falologocéntrica que se ha desconocido, marginado o ninguneado la obra de numerosas escritoras?

El análisis de la práctica estética desde la perspectiva comunicativa plantea, por lo tanto, estudiar el proceso intersubjetivo de producción, intercambio y traducción de significación, tal como este se manifiesta en el diálogo entre el discurso estético con la sociedad y la cultura. Se trata de superar la absurda dicotomía entre el análisis textual inmanentista o el contextual y realizar un análisis del discurso, que asuma al texto literario como una creación verbal específica de la comunidad de hablantes y establecer la especificidad del discurso de las mujeres en este proceso. Y digo las mujeres, porque la especificidad de género no anula las de etnia o clase social.

El análisis literario, implicará, por lo tanto, desmontar los mecanismos y procedimientos de producción de sentido del texto, tanto desde el punto de vista de las complejidades de la estructura verbal del mismo como de los otros aspectos involucrados (contextuales, cognitivos y culturales) estableciendo, asimismo, el propio rol activo de las estudiosas de la literatura como co-creadoras en este proceso de decodificación de códigos estéticos ideológicos y culturales.

Desde esta perspectiva, la segunda sección ubica la lucha librada por las críticas, en el contexto latinoamericano, por construir el espacio de las escritoras en el campo literario; señala, como su título plantea, una ruta para entender la crítica literaria feminista desde *La sartén por el mango* al papel jugado por el Colegio de México. La importancia primordial de esta sección es mostrarnos cómo se fue gestando la crítica literaria feminista en América Latina y el importante papel jugado en este proceso por el movimiento feminista mexicano. Se presenta a *La sartén por el mango*, texto publicado en 1984 que reúne las ponencias del Encuentro de Escritoras Latinoamericanas de 1982, como uno de los textos fundacionales [de la crítica literaria feminista], en él se incluyen estudios de Sara Castro Klaren sobre la crítica literaria feminista y la escritora en América Latina y el famoso ensayo de Josefina Ludmer sobre Las tretas del débil. Se destaca la participación en el Encuentro y en el libro de reconocidas escritoras como Rosario Ferré, Elena Poniatowska, y de figuras como la chicana Cherrie Moraga y la chilena Marjorie Agosin entre otras. Diana alude, asimismo, al Taller de Investigación narrativa femenina mexicana “Diana Morán” del Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer conducido por Aralia López y Ana Rosa Domenella y el Seminario de Crítica literaria feminista dirigido por Luz Elena Gutiérrez como los siguientes hitos de la ruta que siguió el feminismo latinoamericano por forjar su propia lectura del fenómeno literario y establecer su tradición propia.

Es importante comprender, como señala Diana, que el eje central de estas publicaciones no es el debate teórico sino la elaboración de propuestas críticas. El aporte fundamental de las feministas mexicanas es la visibilización y revalorización de una pléyade de escritoras, su cuestionamiento del canon patriarcal y masculino y su trabajo desde la Academia y fuera de ella por establecer un nuevo corpus de estudio, indagar por los géneros menores u olvidados en donde se puede encontrar la huella de la escritura de mujeres y proponer nuevas lecturas de interpretación hermenéutica. Me interesa particularmente el análisis que Diana hace del texto *La semiótica de la culpa* de Ana Bungard y la configuración crítica del espacio de la escritura femenina como el de la trasgresión y la ruptura. La resemantización trasgresora de categorías como la culpa, tan importantes en el universo católico femenino, o la inversión del proceso de la memoria y de la historia en *Recuerdos del porvenir* de Elena Garro revelan que la mujer vive como Diana señala “al margen de la historia, dividida entre un pasado no vivido y un futuro que se conoce de antemano.” Al trazar este recorrido y ver el panorama de conjunto, se percibe que el papel de dichos talleres y seminarios, así como de la revista Debate Feminista de México, que apareció desde marzo de 1990, ha sido lograr que se reconozca la calidad indiscutible de las obras de las escritoras mexicanas y establecer así los antecedentes y la tradición a la que la generación de escritoras actuales adhiere, tradición en la que Rosario Castellanos ocupa siempre un lugar especial.

Estableciendo su propio camino, la crítica feminista mexicana tiene una gran deuda con la tradición crítica anglosajona, con los aportes de Sandra M. Gilbert y Susan Gubar y sus estudios sobre la ansiedad y la creatividad, la imagen metafórica de la loca en el desván o la relación existente entre las imágenes de reclusión y el uso de dobles en la literatura de mujeres. Pero a diferencia de la tradición anglosajona, en América Latina, la crítica literaria feminista no creó escuelas, corrientes o una tradición única, sino una multiplicidad de puntos de vista, propuestas y posturas. Diana coincide con Irene García al respecto y nos muestra algunos de los distintos caminos críticos desarrollados, reseña el texto de Hortensia Moreno sobre el debate entre la igualdad y la diferencia, encrucijada en la que Diana se ubica en el plano de la diferencia. Apunta también el camino hacia una teoría feminista de la recepción y la teoría de la respuesta del lector y la crítica feminista. Termina esta sección de la ruta crítica con una reflexión sobre uno de los géneros que están siendo revalorizados, particularmente desde el punto de vista del análisis de la escritura de mujeres, el diario. Diana se pregunta por qué este género, a la mitad de camino entre el psicoanálisis y la creación artística, según Rosario Ferré, es uno de los tipos de escritura elegido por las mujeres. Su respuesta diferencia dos tipos de diarios, aquellos de las escritoras y las que tienen conciencia de que serán publicados y expresan un deseo de perpetuación y los diarios escritos por miles de mujeres anónimas que lo ven como un espacio confesional y buscan expresar su necesidad de amor, de soledad, sus fracasos y tragedias, pequeñas o grandes. Los rasgos de la cotidianeidad, la veracidad, la periodicidad y la libertad de composición atraen a Ana

Frank y como a ella a muchas mujeres dispuestas a reflexionar tanto sobre su vida diaria, como sobre el mismo arte de escribir, formas de escritura fragmentaria que hablan también del fragmentado mundo de la mujer.

Las secciones cuatro y cinco constituyen el trabajo crítico hermenéutico en el que ella busca establecer una lectura feminista del campo literario, fundamentalmente peruano. Reconstruye etapas claves de nuestra historia, analizando tanto imágenes de mujer en las crónicas coloniales – Diosas y hombres de Huarochirí- como en textos en los que las mujeres son ya sujetas de la escritura. Analiza así la poesía vanguardista de Magda Portal, la poesía vitalista de mi madre, Yolanda Westphalen, la lucha por la conquista del silencio de Raquel Jodorowski, el silenciamiento de la poesía de Cecilia Bustamante y entre las voces de otra generación, la poesía de Ma. Emilia Cornejo y Mary Soto. Aquí quiero detenerme en la labor de reconocimiento de escritoras hechas por el movimiento feminista. Existe una relación directa entre los nuevos movimientos sociales y la emergencia de un corpus sustancial de la literatura escrita por mujeres, proceso en el que Diana ha estado en primera fila. Ha sido una organizadora incansable de eventos, publicaciones y homenajes a un conjunto de poetisas y escritoras de gran valía y ha luchado porque estas fueran reconocidas en vida y póstumamente, como fue el caso de la poesía de mi madre, entre otras. Lectora voraz y muy perceptiva, me hizo reflexionar sobre la manera contradictoria en la que poetisas como mi madre vivieron su condición de mujer y cómo configuraron su yo poético. Para ella, las escritoras no son solo textos, son sujetos y subjetividades que interactúan por la mediación del texto. No establece un diálogo con palabras, sino con personas que escriben, como en el caso de Laura Riesco, escritora con la que establece un sinnúmero de lazos de conexión personal.

Por último, la sección con la que finaliza el libro destaca la vida sin tregua de algunas feministas como Ángela Ramos y Esther Castañeda y sus aportes como periodista, escritora y política, en el caso de la primera; y como profesora, investigadora y crítica pionera de la literatura peruana, en general, y de la escrita por mujeres, en particular, la segunda, labor que Diana pretende continuar con este libro pionero, en un trabajo al que solo nos queda sumarnos para establecer desde una perspectiva interdisciplinaria y colectiva la historia de los distintos discursos de las mujeres en el Perú y sus aportes al imaginario cultural peruano y latinoamericano. Se trata como plantea Diana de una lucha sin tregua, porque las mujeres cuando nos empoderamos no concedemos tregua.

Yoly

20 de julio del 2012.